

Basurales

El barrio era de tierra seca y casas chatas; quedaba cerca de Transradio, en el conurbano bonaerense. Lugar de acopiadores de chatarra y de chicos descalzos. Allí me dieron refugio un tiempo con mis dos nenes en el verano de 1979.

Carlos, mi compañero de vida, conocía a la familia por haberles hecho algunos favores desde su puesto en la Municipalidad. En particular, al padre: una mejor atención en el hospital después de que la policía le rompiera el bazo a culatazos por manifestar y el trámite para una pensión por discapacidad. El hombre nunca lo olvidó. Se llamaba Guillán y, al contrario de otros que nos dejaron de conocer, él le ofreció su casa.

Tomo trozos del pasado que pueda digerir, sino sería imposible vivir con todo el bagaje acumulado. Veo la casa modesta, los mate cocidos, el pan, los guisos, la pequeña habitación sin puerta pero con cortina, mis hijos envueltos en polvo jugando a la pelota en el patio y a la hija mediana de Guillán.

Se llamaba Verónica, pero prefería que le dijeran Pocha. Era poco lo que hablábamos, sobre todo de mis chicos, de Capitán, un perro callejero mezcla de policía, grande, que era suyo y que cuidaba bien... Había dejado de ir a la escuela, porque: ¿para qué?

Todas las tardes la veía salir con un pañuelo atado a lo gitana que escondía una mata de melena crespa bajo la cual aparecían una cara redonda y pecosa, una naricita respingada, unos ojos color almendra y un cuerpo que se iba haciendo mujer vestido con pantalones largos, pulóver de color indefinido y zapatillas de tela, grandes para sus pies de adolescente, inconveniente que había resuelto con dos pares de medias.

Un día de pensamientos sombríos, tomando mate amargo en la pieza, la vi salir como todas las tardes a esa misma hora con su habitual "chau doña" y su mano levantada. Me apuré para darle alcance y le pregunté adónde iba. Directo a los ojos me dijo que a subirse a un camión con otras personas del barrio. Tenía que llegar a los basurales a la hora en que descargan la basura.

Revisaban los montones, separaban lo que servía para la casa, cosas que tiraban los que tenían plata, otras para vender y muchas veces comida que estaba en buen estado, que, si no era para su familia, la destinaba a Capitán.

Dejé pasar unos días hasta animarme. La familia dormía la siesta, nosotros no. Mis nenes habían salido a buscar latas o botellas para vender; era imposible negarles que fueran, -cerquita ¡eh! Tomaba mate con Pocha debajo del único árbol de la casa, y entonces le pregunté por qué un trabajo tan duro.

- "Si quiere saber, venga al campito el domingo a las cuatro, es cerquita; de la esquina, derecho, más o menos diez cuadras, no se va a perder.

Fui con mis hijos bajo un sol que nos calcinaba las cabezas, diez, doce, trece cuadras y ahí estaba el campito, un terreno pelado sin el sosiego de un arbolito, ni siquiera naciente. El campito: varias pibas jugaban al fútbol con alegría y destreza.

La distinguí de lejos, los rulos atados con una cinta roja, pantalones cortos, remera blanca. Se

desprendió del grupo, vino hacia mí corriendo y me abrazó. -Qué bueno que vino, doña, y sonriendo me señaló los pies. -Hoy estreno los botines que compré con la plata del trabajo de la basura. Otro beso sonoro y volvió a la cancha.

El regreso, cantando y tomando gaseosas, fue un lujo para nuestra existencia cotidiana. Mis nenes, Pocha, las otras chicas, que a los gritos explicaban las jugadas, arreglaban para entrenar en la semana y buscaban nuevos contrincantes.

Será por eso que siempre me gustó y me gusta el fútbol, será porque lo que más quiero es el calor de mi gente.

Será por esa inocencia que nunca dejé de luchar.